



HISTORIA DE ESTE LIBRO

I

NACIDO al pie de Sierra-Nevada, desde cuyas cimas se alcanza á ver la tierra donde la morisma duerme su muerte histórica; hijo de una ciudad que conserva clarísimos vestigios de la dominación musulmana, como que fué una de sus últimas trincheras en el siglo XV y figuró después grandemente en la rebelión de los Moriscos; amamantado con las tradiciones y crónicas de aquella raza que, como las aguas del Diluvio, anegó á España y la abandonó luego, pero dejando en montes y llanuras señales indelebles del cataclismo; habiendo pasado mi niñez en las ruinas de alcázares, mezcuitas y alcazabas, y acariciado los sueños de la adolescencia al son de cantos de los Moros, inspirado por su poesía, quizá bajo los mismos techos que cobijaron sus últimos placeres, natural era que desde mis primeros años me sintiese solicitado por la proximidad del Africa y anhelase cruzar el Mediterráneo para tocar, digámoslo así, en aquel Continente, la increíble realidad de lo pasado.

Más tarde, cuando los movimientos de mi corazón y los delirios de mi fantasía se convirtieron en ideas; cuando mi afición á lo extraordinario y maravilloso se trocó en amor á la Patria, cifrándose en ardiente afán de su prosperidad y de su gloria; cuando, más español y cristiano que poeta amante de los Moros, mis propensiones individuales principiaron á convertirse en aspiraciones colectivas y á dilatarse por el horizonte político, ya no fué mero deseo de cumplir una peregrinación romántica lo que me llevó á soñar de nuevo con la cercana Morería: fué el convencimiento de que en Africa estaba el camino de aquella verdadera grandeza nacional que los españoles perdimos por resultas del descubrimiento de América y del casamiento de la hija de los Reyes Católicos con un Príncipe de la Casa de Austria; fué el pensar que todos los tesoros que nos llegaron de las Indias y todos los triunfos alcanzados en Italia, en Flandes y en Alemania por Carlos V y Felipe II, de nada sirvieron para impedir que España decayera miserablemente el día que á la expulsión de los Judíos sucedió la de los Moriscos; fué el ver tan claro como la luz del Sol que la política exterior de la Nación española debía reducirse á una constante expansión material ó moral, guerrera ó política, comercial ó religiosa, civilizadora, en una palabra, hacia aquel Continente que se percibía desde nuestras costas y en el que ya teníamos asentada la planta; fué, por último, el temor de que, en otro caso, Francia ó Inglaterra, ó las dos juntas, nos arrebatasen esa misión providencial, dejándonos bloqueados entre los mares y el Pirineo y privados de todo horizonte en que desenvolver la actividad de nuestro pueblo,—que no siempre ha de estar condenado á destrozarse en guerras civiles.

II

Ahí tenéis recapitulados en compendio los sentimientos que me impulsaron desde primera hora en 1859 á tomar parte en la Guerra de Africa, primero en calidad de aficionado y de cronista, y muy luego como soldado voluntario; sentimientos que ya había yo formulado años antes en prosa ó verso, y que estallaron en mi alma, como explosión de júbilo y entusiasmo, cuando declaró al fin España la guerra al ensobrecido Imperio de Marruecos.

Los *antecedentes históricos y diplomáticos* del conflicto, así como la relación de los combates que se riñeron cerca de Ceuta antes de mi llegada á Africa con el Tercer Cuerpo de Ejército, irán, por vía de *Apéndice*, al final de la obra, para que resulte completo el relato de aquella inmortal campaña. Tócame aquí (y tal es el humilde objeto de este Prólogo) responder á innumerables preguntas que durante veinte años se me han hecho, y deshacer muchas equivocaciones en que varios escritores han incurrido, acerca de mi verdadero papel en la Guerra de Africa; con lo que todos quedarán ya enterados de cómo pude ser juntamente historiador de lo que cada día iba sucediéndonos, y soldado raso del Batallón Cazadores de Ciudad-Rodrigo; de cómo iba casi siempre á caballo, siendo de Infantería; de cómo *senté plaza*, cuando ni por mi casa ni por mi modo de vivir era del todo pobre; de qué puesto ocupaba en las filas los días de acción, etcétera, etc.

Escasísimo interés ofrecerían tales pormenores, y yo no entretuviera hoy con ellos al público, si no constituyesen una especie de *auténtica* del DIARIO DE UN TESTIGO, sirviendo de base

á la autoridad de mi testimonio y á la mayor ó menor fe que hayan de prestarle los lectores; cosa importante á sumo grado, cuando se considera que este DIARIO es hasta hoy la *única* historia circunstanciada y completa de la Guerra de Africa, y que en todo tiempo tendrán que consultarlo y seguirlo los verdaderos historiadores, máxime si están seguros, como en justicia pretendo que lo estén, de que efectivamente fué redactado en el campamento, bajo la tienda, en el teatro mismo de cada combate, y en ocasiones durante la misma lucha, ó sea en presencia del enemigo, como pueden acreditarlo miles de jefes y oficiales que un día y otro me vieron escribir hojas y hojas de mi libro de memorias, ya sobre la trinchera, ya en las guerrillas, ya en los arzones de nuestra Artillería metida en fuego, ya sobre el arzón de la silla de mi caballo, ya en los hospitales de sangre, todo lo cual compaginaba yo á la noche, ó al día siguiente, si nos tocaba descansar, y lo remitía á Madrid, en donde se daba á la estampa...

Para mayor prueba de que así se escribió el DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE AFRICA y de que, por consiguiente, es un documento auténtico, ó, mejor dicho, una especie de fotografía de la campaña, inserto al fin de este Prólogo mi *Licencia absoluta* y *Hoja de servicios*, de las cuales resulta oficialmente comprobado que asistí á diez acciones y dos batallas; lo cual, si bien no constituye ningún mérito, pues cuarenta mil españoles hicieron otro tanto, ó mucho más, en aquellos memorables días, demuestra lo que me importa dejar fuera de toda duda con relación al presente libro, á saber: que su denominación está justificada, dado que vi con mis propios ojos todas las cosas que en él refiero...—Pero, aun así y todo, bueno será explicar, contestando á las mencionadas preguntas y equi-

vocaciones, cómo y de qué manera marché á la Guerra de Africa, y cuál fué mi posición y estado en aquel Ejército.

Lo diré con la mayor rapidez posible.

III

En Octubre de 1859, cuando España alzó banderas contra el Moro, tenía yo veintiséis años. Por mi nacimiento, por el bienestar de mi casa paterna y por mi buena estrella literaria en Madrid, no me hallaba en el caso, ni tenía, como si dijéramos, la *hechura social* de las personas que suelen *sentar plaza*...—Libre de quintas desde que á los veinte años me tocó la suerte de soldado y fuí redimido de ella, vivía con cierta holgura (tal vez con demasiada, girando siempre sobre el porvenir, á fuer de buen ambicioso), y frecuentaba la más alta sociedad de la Corte, como acontece en nuestra caballerescas España á todo el que viste con limpieza y acaricia ensueños de gloria ó de fortuna. De mis repentinos y fugaces pujos democráticos de la adolescencia, que comenzaron en 1854 y acabaron en 1855, y de aquella *bohemia literaria* que corrimos, recién llegados á las orillas del Manzanares, los individuos de la célebre *Colonia granadina* (casi todos hijos pródigos fugados del hogar paterno), no me quedaba ya más que una alegre memoria, mezclada en lo político á cierto remordimiento, dado que mis ideas habían cambiado de rumbo, en virtud de mejor apreciación de los hombres y de las cosas.

Entre mis amigos más respetables y más íntimos figuraba ya el teniente general D. Antonio Ros de Olano (quiero decir, el insigne vate, camarada de Espronceda, á quien éste dedicó *El Diablo Mundo*, y que á su vez escribió el prólogo

de tan aplaudido poema...); y como á dicho General se confiriese el mando en Jefe del Tercer Cuerpo del Ejército de Africa, por una parte dimos de mano á los estudios literarios que solíamos hacer juntos, y por otra quedó convenido que yo iría con él á la guerra en calidad de aficionado, pudiendo contar con su alta protección para arrostrar los rigores de la campaña en todo aquello que no logran suplir los recursos particulares y pecuniarios de ningún individuo. Fué, pues, mi primer proyecto ir á Africa *de paisano*, ó sea sin sentar plaza, con ánimo de escribir cuanto viera y se me ocurriese, pero no en modo alguno de matar Moros; vestido y armado según mejor me conviniera; con caballo propio y con un criado ó *escudero* á mis expensas, y seguido de un borriquillo moruno que llevase sobre su lomo mi tienda y mi batería de cocina...—; Verdadera salida de Don Quijote, que hoy, próximo ya á las heladas cumbres de la vejez, recuerdo con entusiasmo y orgullo, sintiendo únicamente no haber de experimentar ya nunca las poéticas emociones de aquellos días!...

Con tales propósitos dije *adiós* á Madrid y á las madrileñas la noche de la víspera de Difuntos (; me parece que fué ayer!), y emprendí el camino de Málaga, en donde había de organizarse el Tercer Cuerpo de Ejército, y donde ya se encontraba el general Ros de Olano.—Allí compré el caballo y el burro; allí me proporcioné el *escudero*, hijo legítimo de aquella especialísima tierra; allí me procuré tienda y los demás enseres necesarios para vivaquear; todo ello en comandita y bajo la dirección de un distinguido joven malagueño, D. Eduardo Rombado, que había hecho, por afición, la campaña de Crimea, y que se disponía también á hacer la de Africa, por lo que, desde que nos vimos, nos asociamos fraternalmente...—En cuanto á mi traje y arma-

mento, que había sacado de Madrid, era pantalón, levita y poncho, de un mismo paño oscuro, sin vivos ni divisas; polainas de charol negro; una especie de ros; espada española y revólver al cinto, y un gran cartapacio por vía de cartuchera, para los papeles, libros de memorias, plumas, lápices y tintero, propios de mi oficio de cronista ambulante.—; Lo que yo experimenté al ver pendiente de mi costado la espada de Toledo, no es para dicho así como quiera!—Los poetas de corazón que lean estas líneas podrán adivinarlo fácilmente.

Otro preparativo mucho más singular llevé á cabo en Málaga, que me costó bastante dinero y no me dió al fin gran resultado en Africa. Tal fué la recluta que hice de un fotógrafo, con su máquina y demás útiles de arte, mediante un ajuste alzado, á fin de sacar panoramas de los terrenos que recorriéramos, retratos de Cristianos, Moros y Judíos, y vistas de las ciudades que conquistásemos.—Cábeme la gloria de que aquel aparato fotográfico, llevado por mí al Imperio de Marruecos, fuese el primero que funcionara en él, así como tengo á dicha el haber sido yo también el primero que utilizó en aquella tierra el nobilísimo arte de la imprenta, publicando, como publiqué, un periódico en Tetuán, según se refiere más adelante... En cuanto á la fotografía, tuve que desistir de mis esperanzas á poco de acampar en Sierra-Bullones, pues las continuas lluvias y otros contratiempos me demostraron que era casi imposible sacar vistas en aquellos parajes y circunstancias.

Volviendo á Málaga y al relato que iba haciendo, diré que, mientras el Tercer Cuerpo de Ejército seguía organizándose, el Primero y el Segundo habían comenzado á batirse en Africa. Por las tardes, especialmente, llegaba hasta nosotros, al través del mar, el remoto trueno del

cañón, y vislumbrábamos, á la luz horizontal del sol poniente, la brava costa de Africa...

Al día siguiente ó á los dos días de haber oído el lejano cañoneo, solía llegar á Málaga algún barco con heridos, hermanos y compatriotas nuestros, cubiertos de sangre, mutilados, vendados, pero animosos y satisfechos, pensando, sin duda, en que otros muchos quedaban enterrados en la tierra enemiga, ó, mejor dicho, en la tierra conquistada...—Nuestro dolor por no participar de aquellos triunfos, nuestro remordimiento por no compartir aquellos peligros, nuestro entusiasmo hacía los que nos precedían en la gloriosa empresa, no tenían límites...—Y, precisamente, en uno de aquellos momentos de emoción patriótica, fué cuando me ocurrió la idea de sentar plaza de soldado voluntario durante la campaña. “¿He de contentarme (exclamé, y escritas y publicadas están estas palabras mías en los periódicos de aquella fecha) con ser mero *testigo*, donde tengo la obligación de ser actor? ¿Puedo permanecer ocioso, indiferente, avaro de mi sangre, mientras que mis hermanos luchan ante mis ojos por nuestra madre España? ¿No soy yo también español?”

En virtud de estas reflexiones, senté plaza de soldado voluntario en el Batallón Cazadores de Ciudad-Rodrigo el 22 de Noviembre, y fuí agregado al Cuartel General como ordenanza del general Ros de Olano, quien me dió permiso para usar caballo, vivir en mi tienda particular y llevar mi criado, mis burros, mi fotografía, etc.

Tan anómala situación en el Ejército me dió, ciertamente, mucha libertad de acción; pero me creó más obligaciones que á los demás soldados. Por de pronto, tenía que acudir á todas las operaciones mandadas por el General, de quien era ordenanza, y, fuera de esto, tenía el deber moral de incorporarme á mi batallón cuando entraba

en fuego.—Así lo hice, según consta en mi *Licencia*, hasta que más tarde fuí nombrado ordenanza del general O'Donnell, en cuyo seguimiento asistí á todos los combates del Llano de Tetuán y desempeñé algunas comisiones que se dignó encomendarme, cual si fuese Ayudante suyo de Ordenes, y no un simple soldado raso.—Es decir, que figuré juntamente en el Ejército con la Infantería y con la Caballería; en el Estado Mayor y en las guerrillas; y así se comprende que en mi *Licencia* se hable de que tomé parte en alguna carga á la bayoneta, mientras que en otras jornadas figuró á caballo, como en la batalla de Castillejos; resultando de todo ello lo que me propongo demostrar con estas explicaciones, y es que pude muy bien ser, como fuí, *testigo*... aun de aquellos combates en que no entró en fuego mi batallón.

Sin jactancia alguna hablo hoy de estas cosas (pues repito que cuarenta mil soldados corrieron los mismos peligros que yo, y nadie se acuerda ya de ellos); y si no las referí en mi DIARIO, fué por ahorrar á mis padres, que lo iban leyendo como toda España, los sustos y zozobras consiguientes, cuando yo les hacía creer en mis cartas particulares que nunca me ponía al alcance de las balas.—En la segunda edición indiqué ya algo de mis hechos personales, no sólo por dar autoridad al relato, sino también para justificar el que adornen mi pecho, además de la Cruz pensionada de María Isabel Luisa, la tan codiciada de San Fernando, con que me agració el inmortal O'Donnell sobre el campo de batalla el día del sangriento combate de Guad-el-Jelú.—Y, en fin, si tal jactancia hubiera, lícita debe serle á quien, viejo ya y valetudinario, cargado de hijos y de obligaciones, tiene que recordar sus valentías de la juventud para que los mozos sin historia, ó los hombres sin raíces ni compla-

cencias en la vida, sepan que puede haber quien haya comprado el derecho á la paz y al reposo, á cuyo fin pagó al mundo lo que era del mundo, antes de retirarse á cuarteles de invierno.

1880.

LICENCIA

Y HOJA DE SERVICIOS DEL AUTOR

Hay un escudo de Armas Reales.=Notado al número 1.348.=Hay un sello que dice: "Batallón de Cazadores de Ciudad-Rodrigo." Número 9.=Don Bernardo Taulet Tarrats, Caballero de las Reales y Militares Ordenes de San Hermenegildo y de San Fernando de 1.^a clase, y Coronel, Teniente Coronel, primer Jefe del Batallón Cazadores de Ciudad-Rodrigo, núm. 9.=Por la presente concedo licencia absoluta para separarse del servicio á D. Pedro Antonio Alarcón, soldado voluntario de la 1.^a Compañía de este Batallón, mediante haber cumplido el tiempo de su empeño en el servicio. Es hijo de D. Pedro y de D.^a Joaquina Ariza, natural de Guadix, provincia de Granada, vecindado en Madrid, su estado soltero, edad veintisiete años, estatura de cinco pies y seis líneas; sus señales: pelo entrecerado, cejas castañas, ojos negros, nariz regular, barba poblada, color bueno. Por tanto, y para que pueda retirarse al pueblo de su naturaleza (ó donde más le convenga), pido y encargo á las autoridades por donde transitare no le pongan impedimento en su viaje, antes bien le presten el auxilio necesario. Dada en Tetuán á veintidós de Abril de mil ochocientos sesenta.=*Bernardo Taulet.*

Don Antonio Losada y Periáñez, segundo Comandante de este Batallón, del que es primer

Jefe el Coronel, Teniente Coronel, D. Bernardo Taulet y Tarrats, etc.=Certifico: Que D. Pedro Antonio Alarcón, á favor de quien se halla extendida la anterior licencia absoluta, fué voluntario para servir á S. M. durante la Guerra de Africa. Ingresó en este Batallón en veintidós de Noviembre de mil ochocientos cincuenta y nueve, procedente de la clase de paisano, habiendo prestado los servicios siguientes: 1859.=Hizo el juramento de fidelidad á las banderas en la revista de Diciembre del mismo año.=En la revista de dicho mes, y con fecha veintidós de Noviembre, fué alta en la 1.^a Compañía de este Batallón, como voluntario, durante la Guerra de Africa.=En once de Diciembre se embarcó en Málaga para Ceuta, formando parte con su Batallón de la 2.^a Brigada, 1.^a División del Tercer Cuerpo de operaciones de Africa, á las órdenes del Excmo. Sr. Teniente General D. Antonio Ros de Olano, y Comandante general de la 1.^a División, á que pertenecía su Batallón, el excelentísimo Sr. Mariscal de Campo D. José Antonio Turón.=El doce de dicho mes desembarcó en Ceuta.=El catorce entró en operaciones con el Cuerpo de Ejército, quedando acampados en el campamento de la Concepción.=Se halló en la acción del quince de Diciembre. En la del diez y siete del mismo, sosteniendo la retirada del Cuerpo de reserva sobre las alturas de los Castillejos, á las órdenes del Excmo. Sr. General D. José Antonio Turón. En las ocurridas al frente de dicho Campamento los días veinte, veintidós, veinticinco y veintinueve de dicho mes, á las órdenes del Excmo. Sr. Capitán General y en Jefe del Ejército de Africa; y por el mérito que contrajo en dichas acciones, fué agraciado con la Cruz de María Isabel Luisa, pensionada con diez reales mensuales.=El día 30 del mismo se halló con su Compañía en la brillante